

La construcción de veintidós iglesias en la periferia de Turín (1965-1977) *The construction of 22 churches for Turin's periphery (1965-1977)*

Carla Zito

<https://doi.org/10.17979/aarc.2011.2.2.5057>

La experiencia de la construcción de nuevos centros parroquiales en la ciudad de Turín, tras el Concilio Vaticano II, forma parte de un capítulo poco investigado de la arquitectura sacra en Italia, hecho fundamental dentro de la historiografía arquitectónica italiana de la segunda mitad del siglo XX por la presencia del cardenal Michele Pellegrino (1965/77)¹, animador entusiasta y dedicado dentro de la diócesis (Fig. 1).

A su apostolado se atribuye la construcción de un gran número de edificios religiosos en la ciudad y en la más inmediata periferia, ya parcialmente afectada durante el episcopado del cardenal Mauricio Fossati (1930/65) por un proceso constructivo en el cual se integran singulares ejemplos de arquitectura sacra, auténticos modelos innovadores, bien estructural o litúrgicamente.

La iglesia de Santa Teresa di Gesù Bambino, de los arquitectos Gian Franco Fassana, Carla Lenti, Giuseppe Varaldo y Gian Pio Zuccotti, se propone como modelo preconiliar; el primer proyecto (1958/61) presenta una distribución de planta central totalmente inspirada en el Movimiento Moderno. Uno de los casos más famosos es el de la Falchera, unidad residencial para 6.000 residentes construida por la *Gestione INA-CASA*, con la iglesia de San Pio y locales parroquiales anejos, que se levanta en el centro de la población. La obra fue proyectada por el arquitecto Nello Renacco en 1955 (Fig. 2). Igualmente interesante es la iglesia Gesù Redentore para el barrio Fiat-Mirafiori, proyectada a partir de 1953 por los archi-

tectos Nicola y Leonardo Mosso, e inaugurada en 1957 (Fig. 3-4).

Pellegrino participa como experto en el Concilio Vaticano II, y en su actuación se percibe la voluntad de mediar —en la realidad concreta de la diócesis— entre el impulso reformador del Concilio y los cambios sociales y culturales que caracterizan el final de los años sesenta y setenta en Italia. Desde esta perspectiva, los espacios de la liturgia asumen un importante papel; no es una coincidencia que en Turín, el 15 de septiembre de 1966, se cree la Oficina Litúrgica Diocesana, primer órgano ejecutivo de la pastoral litúrgica en Italia. En ejecución del art. 44 de la *Sacrosantum Concilium*, se pondrá en marcha la Comisión Litúrgica Diocesana, con función de asesoramiento y competencias en el estudio y promoción de la actividad litúrgica diocesana. Estaba articulada en tres secciones: para la liturgia pastoral, la música sacra y el arte sacro, en pro de un estilo unitario según las indicaciones del artículo 46 de la constitución litúrgica. Competencia de la sección de arte sacro fue dirigir todo lo que concierne al arte sacro y a los objetos sagrados, tanto en fase de diseño como en fase de realización y conservación.

En la ciudad de Turín, de 1965 a 1977, se construyeron veintidós iglesias parroquiales, emplazadas según las necesidades concretas, en la periferia industrializada (Fig. 5). Debido a la peculiaridad de la arquitectura religiosa, se insertan de modo diferente entre las altas

Fig. 1. Cardenal Michele Pellegrino, arzobispo de Turin, 1965/77.
Fig. 2. Nello Renacco, San Pio X, Falchera, 1955. Figs. 3-4. Nicola y Leonardo Mosso, Jesús Redentor, barrio Fiat-Mirafiori, 1953/57.





Fig. 5. Luciano Re y Aldo Vacca Arleri, *Maria Madre di Misericordia*, 1971/74. Perspectiva de la entrada.

Fig. 6. Mario Federico Roggero, *San Lucas Evangelista*, 1967/70. La iglesia parroquial y los edificios residenciales.

hileras de bloques de viviendas carentes de elemento cultural alguno (Fig. 6–7). La realización efectiva de las nuevas iglesias se llevaba a cabo a través de la oficina técnica *Torino-Chiese*, de la Obra Diocesana para la Preservación de la Fe que, en colaboración con el departamento diocesano de economía, proponía al consejo de la Obra Diocesana los planes financieros y técnicos pormenorizados, pactaba los contratos para la adquisición de los terrenos y para la concesión de la obra, se preocupaba del enlace con la Comisión Pontificia para el Arte Sacro en Italia, con las oficinas de la Delegación Regional de Obras Publicas, con el Colegio de Ingenieros Civiles y con la administración municipal, adjudicando, finalmente, el encargo a los proyectistas y vigilando la ejecución y la dirección de obra.

Las iglesias en cuestión, hasta el momento consideradas como hechos de algún interés para la historia social pero de nula calidad arquitectónica, se convierten en emblemáticas por al menos dos razones: la renovación litúrgica, ratificada por el Concilio Vaticano II, ha encontrado el espacio adecuado de celebración en estos lugares, contruidos entre miles de dificultades por comunidades de ciudadanos a menudo distanciados de la práctica religiosa, y por la jerarquía católica; por otro lado, el proceso de crecimiento de la ciudad de Turín en los años sesenta y las políticas relacionadas, han obligado al municipio y a la Iglesia a reconsiderar los términos de su propia presencia en el territorio, en la construcción

de una nueva idea de espacio público y/o comunitario a la escala del barrio.

La situación urbanística de la realidad turinesa influye, en efecto, en el *número*, en la ubicación y en el diseño de urgencia que caracteriza a este modelo arquitectónico de construcción cultural. La necesidad de un gran número de iglesias parroquiales evidencia dos problemáticas fundamentales para la ciudad: la falta de un servicio social de cohesión, fundamental en los nuevos barrios residenciales; y la drástica reorganización de la práctica religiosa, causada por una indiferencia del pueblo hacia una tradición, incluso centenaria, de matriz católica.

El fenómeno *ciudad de Turín* representaba para toda la diócesis un asunto a afrontar con suma atención, por causa de una serie de graves penurias, como la falta de viviendas y servicios sociales, sobre todo en las áreas periféricas de nueva construcción, sedes del fenómeno de la descentralización productiva.

En aquellos años, la ciudad carecía de áreas para suministrar —sobre todo en los barrios periféricos— aquellos servicios elementales que no sólo estaban previstos en el plan general de ordenación, sino que eran necesarios para que los ciudadanos de aquellos barrios tuviesen a su disposición un mínimo de infraestructuras.

El plan de la 167, que se adoptaba en enero de 1963 y era aprobado para la ciudad de Turín mediante el Decreto Ministerial del 16 de junio del mismo año, pre-

veía la construcción en el ámbito de las zonas de expansión del PGOU, además de viviendas de carácter económico y popular, de los servicios urbanos y sociales complementarios. Por dicho motivo, la ciudad había procedido a expropiar —o adquirir— también las áreas destinadas por los mismos planes a centros religiosos. El plan incluía veinticuatro zonas, cuya superficie total llegaba a alcanzar unos 6.000.000 de metros cuadrados.

Lo que hacía urgente la utilización de este nuevo instrumento de política social era el constante incremento de la población de la ciudad, un incremento de más del 41% en el decenio 1952/62, y una tasa de crecimiento que entonces —primavera-verano de 1962— se podía calcular en 50-70.000 unidades anuales para el siguiente decenio. El incumplimiento de algunos puntos de la ley nº 167 diluye, pues, las previsiones de realización. En estas áreas periféricas, la ausencia de una iglesia significaba la falta de un servicio social que aglutinase a la población procedente del *Mezzogiorno* de Italia. El centro parroquial debía hacer frente a las urgencias del barrio, prestándose a una pluralidad de usos, a una superposición de ámbitos funcionales durante seis días de la semana laboral, a diferencia del domingo, cuando era principalmente una iglesia.

Roberto Gabetti, a treinta años de distancia de esta experiencia, ha escrito: «En los años sesenta y setenta, los organismos públicos sitúan en primer plano la construcción de escuelas de todo tipo y nivel. El tema de las nuevas iglesias queda ausente en los planes de intervención pública. Siguen subsistiendo centros religiosos alojados en tiendas, en edificios en ruinas, en cavidades o sótanos —llamadas comúnmente *iglesias subterráneas*— construidas en previsión de poder levantar después, por encima del nivel del suelo, nuevas iglesias (...). El conjunto de estas soluciones de emergencia permanece como una fuerte señal, como lugar central de experiencias religiosas y sociales comunes. Iglesias de suburbio, iglesias pobres para desempleados e inmigrantes, signos de una profunda crisis social y económica»².

La exigencia de los plazos determina una edificación sistematizada, recurriendo a la modulación de elementos prefabricados que se repiten en contextos heterogéneos, donde las problemáticas sociales están muy alejadas de la búsqueda de lo sacro y de la relación con Dios. En esta óptica, obras arquitectónicas asimilables a menudo a cobertizos o garajes llegan a ser representativas del caso turinés, y sólidas motiva-

ciones ideológicas y constructivas se pueden encontrar evidenciadas en algunos ajustes de los informes técnicos de los proyectos, llevados a cabo sucesivamente: «Bien lejos de considerar el volumen de la iglesia como obra monumental, sino más bien obediente a las funciones que hoy más que nunca debe cumplir, y teniendo en cuenta una máxima polivalencia en el uso de los espacios a la luz de las exigencias actuales de la asamblea de los fieles, una vez localizada la zona necesaria para dicha función, se combina con el factor estructura, de modo tal como para permitir una construcción fácil y económica»³.

Aquí la antimonumentalidad, la multifuncionalidad, el problema de la parcela y la construcción arquitectónica, se presentan como un único proceso. Se produce un impulso hacia una adhesión simplista al pauperismo espiritual, o bien una especie de reduccionismo constructivo que se desenvuelve alrededor de dos orientaciones: la supuesta inmoralidad de levantar una iglesia rica y monumental en una zona pobre, y la motivación económica que determina soluciones idealmente provisionales.

Fig. 7. Domenico Mattia y Ugo Mesturino, Santa María Reina de las Misiones, 1970/73.





Fig. 9. Giancarlo Zanoni, ing. y Gualtiero Sibona, Jesús Salvador, 1975/78. Una de las variantes del esquema modular.



Fig. 8. Silvio Ferrero, Santos Apóstoles, 1975/76. Esquema modular.

Por tal motivo, la morfología del edificio cultural pasa a un segundo plano, y las innovaciones tecnológicas contribuyen —a través de la prefabricación— a construir deprisa las iglesias (Fig. 8–9). La iglesia ya no es la iglesia-monumento, pero permanece como *la Casa entre las casas* de la comunidad cristiana, ahora *pobre* entre las casas pobres. Esta pobreza —que en algunos casos se confunde también con el deterioro— puede ser la expresión de la sencillez, del diálogo con el territorio, del carácter doméstico.

La nueva comunidad cristiana, compuesta por una población heterogénea y proveniente de diversas partes de Italia, busca un lugar donde reunirse. Su deseo es hallar en el cobertizo adaptado aquel sentido de lo sacro que han dejado en sus parroquias de origen. Por eso, la pertenencia al nuevo lugar se manifiesta en aquel espacio sagrado popular, hecho de flores, imágenes y estatuas de santos y vírgenes que se han colocado en la construcción para embellecer los espacios que son inevitablemente pobres, y que muestran deterioro y pobreza.

Esto puede tener también una validez ética cuando expresa una opción evangélica que hace de la esencialidad la riqueza de la comunidad. La *pobreza en las estructuras eclesiales*, tal como es explicada por el padre Pellegrino en el punto 11 de la carta *Camminare Insieme*⁴, significa dar a la actividad pastoral —y por lo tanto a la comunidad que se reagrupa en torno a la iglesia— la justa relevancia, y no buscar los bienes económicos en medida desproporcionada respecto a su fin.

El análisis de los casos singulares ha subrayado la importancia de dar la justa relevancia a la posición de los servicios de utilidad pública y de las estructuras de cohesión social, presentes o no en cada zona. Habida cuenta de ello y del hecho de que la iglesia en vías de construcción debía hacer frente a dichas necesidades, la línea de separación entre lo que es ético, necesario y justo, y lo que es inútil, puede quizá llegar a ser más bien borrosa. En efecto, si se fija la idea de la pura esencialidad de la comunidad de oración se cae en el error de un modelo ideal que no responde a la necesidad del hombre secular, o bien en aquél que halla en la iglesia construida el centro parroquial símbolo de cohesión social, de encuentro y de oración.

«Para la sociedad laica, la Iglesia pone ante todo el problema de la libertad de culto, constituyendo al mismo tiempo una de las estructuras de interés general que la urbanística no puede y no debe ignorar. Y que,

por encima de todo, no puede resolver como si fueran *estaciones de servicio* religioso. Para el mundo religioso la Iglesia debe evidenciar la propia imagen de sociedad abierta, de humilde instrumento de evangelización»⁵.

Estas realidades, arquitectónicamente marginales, crecen con la comunidad, llegando a ser a menudo el orgullo de aquéllos que, entonces, han participado en la construcción, e incluso contribuyen hoy con nuevas intervenciones. Su génesis está a menudo caracterizada por una precariedad incluso tangible: los proyectos son así porque han sido realizados en parcelas que no eran propiedad de la parroquia, y menos de la *Torino-Chiese*.

Treinta años después, gran parte de los complejos parroquiales se ubican en áreas en las que se ha concedido un uso del terreno con vencimiento a los 99 años. Sin embargo, desde el punto de vista de la planificación urbanística y de la pastoral litúrgica, han desempeñado un papel fundamental en el proceso de construcción de la comunidad —cristiana y no cristiana— de la periferia de la ciudad.

El proceso de desarrollo de estas construcciones no se ha detenido el día de su consagración, sino que ha continuado a lo largo de los años, subrayando que aunque nacidas como salas multifuncionales, han evolucionado en el tiempo, sin acomodarse en la idea de que algún día se podrían construir en otra parte.

NOTAS

(1) El padre Michele Pellegrino nace en Roata Chiusani, Centallo en 1903. A los diez años entra en el seminario menor de Fossano, y en 1925 es ordenado sacerdote. En 1948, aprobada la oposición, es llamado para ocupar en Turín la primera cátedra de Literatura Cristiana Antigua en la universidad pública, que desempeña de 1948 a 1967. Nombrado arzobispo de Turín el 14 de octubre de 1965, de inmediato toma parte en el Concilio Vaticano II con dos intervenciones en octubre de 1965 (IV y última sesión, septiembre-diciembre). En 1966 llega a ser miembro del *Consilium ad exsequendam constitutionem de sacra liturgia*; es creado Cardenal en el consistorio del 26 de junio de 1967. El 27 de julio de 1977 presenta anticipadamente su dimisión, que es aceptada por Pablo VI. Golpeado por un ictus cerebral incapacitante el 8 de enero de 1982, muere en el asilo de Turín el 10 de octubre de 1986.

(2) Roberto Gabetti, «Chiese per il nostro tempo. Come costruirle, come rinnovarle», Elle Di Ci, Turín, 2000; pág. 44.

(3) El dato se ha extraído del informe técnico del centro religioso Santi Apostoli (n. 101/1).

(4) La carta «Camminare insieme» (Caminar juntos) está fechada el 8 de diciembre de 1971 y se publica seguidamente el 15 de enero de 1972. Surge como respuesta a situaciones y tensiones concretas, y vuelve a proponer el tema evangélico del pastor que camina al frente del rebaño a través de un programa para toda la diócesis sobre la base de tres valores fundamentales: pobreza, libertad y fraternidad.

(5) Mario Roggero, «Note di edilizia religiosa dopo il Concilio», *L'ingegnere. Rivista tecnica mensile di ingegneria e architettura*, 7-8-9 (1969), pág. 590.